

carne la pidió su hermano Carlos de Anjou, rey de Sicilia, y trasladada á Palermo, la mandó enterrar en la abadía de Mon-Real. El rey Felipe, despues de ajustada una tregua con el rey de Tunez por espacio de diez años, volvió á Francia, trayendo consigo la preciosa caja en que estaban los huesos y el corazon de su santo padre. No se pueden esplicar las demostraciones de veneracion y ternura con que fué recibido en Francia este tesoro. Depositóse luego en la iglesia de nuestra Señora de Paris, y el dia siguiente, que fué 21 de mayo de 1271, fué trasladado á la de S. Dionisio con un acompañamiento, que mas parecía triunfo que pompa funeral. El mismo rey Felipe, acompañado de todos los príncipes de la casa real, de los grandes del reino, y de gran número de prelados, quiso llevar el cuerpo del Santo sobre sus reales hombros. La multitud de milagros que obró Dios en una y otra sepultura del santo rey, movió tres años despues al papa Gregorio X, á mandar se recibiesen jurídicas informaciones; las que se hallaron mucho mas amplias de lo que era ménester; mas por la corta duracion de los nueve pontificados siguientes se suspendió por diez y siete años su canonizacion, que terminó finalmente Bonifacio VIII, el año de 1297, con increíble solemnidad y magnificencia.

SAN GERONCIO, PRIMER OBISPO DE ITÁLICA.

EN este dia se hace conmemoracion de S. Geroncio, de quien sabemos por un himno gótico que se conserva en el misal Mozárabe, que puso en las notas á este dia el cardenal Baronio, que floreció en tiempo de los apóstoles, y consta que en los primeros tiempos del Evangelio puso cátedra episcopal en Itálica, una de las pocas ciudades que con la antigüedad de su fundacion, conservan noticia cierta de su conversion á la fe, y del establecimiento de su silla. Por el citado himno gótico échase de ver que la predicacion de nuestro Santo en su principio no se limitó á una sola ciudad de nuestra península, sino á diversos pueblos de la parte occidental de la Bética, que eran los comarcanos á Itálica; por lo que se inclinan algunos á creer que fué uno de aquellos obispos regionarios, que corrió por varias regiones predicando el Evangelio, cuya práctica fué muy frecuente en aquellos varones apostólicos, que se dedicaron á dilatar el reino de Jesucristo por diferentes provincias; y que si bien puso su silla en Itálica, al tiempo de su consagracion no se le dió iglesia determinada; á la manera que los siete obispos apostólicos establecieron cátedras episcopales en España.

aunque no vinieren destinados á pueblo ninguno determinado.

Pero prescindiendo de la variedad de estas opiniones, es lo cierto, que ofendido el gobernador gentil de Itálica de las muchas conquistas que hacia Geroncio para Jesucristo con sus predicaciones, cuyos procedimientos eran contrarios á los decretos de los emperadores romanos, dirigidos á que todos sus vasallos sacrificasen á los ídolos, dió orden para que lo pusiesen en una dura prision; resuelto á vencer la constancia del Santo, ó por el tedio, ó por las incomodidades de la prision, ó dejándole morir en ella. La hediondez intolerable del calabozo, la oscuridad en que estaba sepultado, la hambre y la sed pusieron su firmeza en las mas terribles pruebas; todo lo sufrió Geroncio no solo con una paciencia inalterable, sino con tanta alegría, como si pasara la vida mas deliciosa; mas como estaba entregado á la discrecion de los infieles, que no cesaban de atormentarlo, falleció en la misma cárcel en tiempo de la cruel persecucion que movió el emperador Neron contra los cristianos. Luego que cesó el furor de la sangrienta tempestad, erigieron los fieles una iglesia en honor del ilustre mártir, donde se le tributó el culto debido, cuya antigüedad nos consta por las actas de S. Fructuoso, en las que se refiere haber pasado el Santo desde Sevilla á Itálica á visitar el templo de S. Geroncio, cuya memoria era ya entonces muy esclarecida en España.

SAN GINÉS DE ARLÉS, ESCRIBANO Y MÁRTIR.

FUE S. Ginés natural de la ciudad de Arlés de Francia: era de poca edad y no se habia bautizado; pero pretendia bautizarse, habiendo dado su nombre en la iglesia, y héchose catecúmeno. Su oficio era de escribano ó notario público. Aconteció prevenirle el juez que escribiese una provision sacrilega, mandando que todos los cristianos fuesen muertos do quiera que se hallasen. Ginés no solo no quiso obedecer escribiéndola, sino que, arrojando el púntero en que entonces se escribia, se fué de allí. Enojado el juez mandó á sus ministros que le siguiesen y le quitasen la vida. Entendió Ginés el peligro y envió á rogar á un obispo que le bautizase; el cual ó impedido por otros negocios, ó por examinar mejor la disposicion con que Ginés le pedia el bautismo, le hizo contestar, que no tuviese pena, que si padecia por Cristo, por medio del bautismo de sangre, alcanzaria la vida eterna. Fuése Ginés hacia el rio Rodano, pasó á la otra parte para esconderse; pero siendo alcanzado de los verdugos que le seguian, diéronle la muerte y dejaron su sagrado cuerpo allí.

tendido en el suelo. Tomáronle los cristianos y trajéronle á esta parte del Ródano, y allí le sepultaron. Y de esta manera consagró Ginés las dos riberas de aquel rio, la una con su sangre y la otra con su cuerpo. Fué su martirio á principios del siglo IV.

Cuenta S. Hilario, obispo de Arlés, un milagro que acació estando él presente, y fué, que celebrándose en aquella ciudad con mucha solemnidad la fiesta de este glorioso Santo, iba mucha gente á su iglesia, y habian de pasar un puente del rio Ródano: cargó sobre él tanta multitud al tiempo que se habia de celebrar el oficio, que se hundió. Fué cosa de grande lástima y que causaba horror los muchos que cayeron, hombres, mujeres y niños, junto con las piedras del puente. Estaba allí el obispo que á la sazón era de Arlés, llamado Honorato, gran siervo de Dios; púsose de rodillas pidiendo á S. Ginés alcanzase de Dios remedio para toda aquella gente, que por irle á honrar padecía tal desgracia. ¡O cosa maravillosa! esclama S. Hilario: no habia concluido su peticion Honorato, cuando comenzaron á salir del rio, sanos y sin lesion alguna, cuantos en él habian caído: ninguno quedó ahogado, ninguno tullido, ni manco, ni descalabrado: todos salieron mojados; y todos muy alegres, viéndose libres de tan gran desastre, se abrazaban unos á otros. No faltó á hombre capa ó espada, ni á mujer manto ó rosario: todos se vieron en peligro de muerte; y ninguno murió, ni padeció otro mal que mojarse. Pasaron en barcas el rio, y fueron á la iglesia de S. Ginés á dar gracias á Dios por la merced que les habia hecho, y celebraron con mayor regocijo que otros años la fiesta del Santo, por cuyos merecimientos habian salido de aquel peligro.

SAN GINÉS, EL REPRESENTANTE, MÁRTIR.

JESUCRISTO nuestro Señor, que para manifestar lo grande de su poder, la eficacia de su gracia y lo estenso de su misericordia, llamó á un publicano al Apostolado, honró tambien con la gloria del martirio á S. Ginés, sacándole del teatro y de la escuela mas infame del vicio y de las pasiones; objeto del odio de los santos Padres de la Iglesia, de los pastores zelosos, y de los hombres amantes sinceros de la virtud; y haciéndole de representante y burlador de cristianos, confesor de su santa fe.

Hallóse presente Ginés, aunque de oculto, al tiempo que se celebró un bautismo; y visto las ceremonias que allí se practicaban, y comunicado con los que le ayudaban á sus comedias,

pensó hacer representacion de ello, persuadido de que agradaría al emperador Diocleciano. Estando pues un dia presente el emperador y toda Roma para verle representar, fingió que estaba malo, y echóse en una cama. Llamó á los que le habian de ayudar al entremés, y como que eran sus criados, dijoles: «Malo me siento, y pesado; quisiera aliviarme.» Era muy grueso de carnes. Respondieron los criados: «¿Qué podemos hacer nosotros para aliviarte? — Insensatas criaturas, replicó; yo he resuelto morir cristiano, para que Dios me reciba en este dia de mi muerte,» como quien busca su salvacion huyendo de la idolatria y de la supersticion. Entonces llamaron un presbítero y un exorcista, esto es, dos actores que representaban aquel carácter, los cuales poniéndose á su lado, dijeron: «Bien, hijo, ¿para qué nos habeis llamado?» Al llegar á este punto de la farsa se sintió Ginés verdaderamente convertido por una inspiracion poderosísima de Dios, y respondió no en juego ya, sino seriamente: «Porque deseo recibir la gracia de Jesucristo, y volver á nacer, para verme libre de mis pecados.» Los otros actores procediendo todavía mimicalmente practicaron en él todas las ceremonias del bautismo; pero él respondia siempre á las preguntas fervorosamente, y al bautizarle en efecto le vistieron blancas ropas. Despues de esto venian otros actores vestidos de soldados, para seguir el juego de su representacion, le cogieron y le presentaron ante el tribunal para que fuese juzgado. De todo esto gustaba mucho Diocleciano, y gustaban todos los circunstantes, pareciéndoles que era irrision y burla de los cristianos, cuando el negocio iba de veras; porque mandando el fingido juez traer allí un idolo de Vénus, y mandando á Ginés que le adorase ó se aparejase á los tormentos, él levantándose con los vestidos blancos, con que acostumbraban vestirse los cristianos por ocho dias despues que eran bautizados, puesto delante la estatua de Vénus, y vuelto á Diocleciano, le dijo: «Oyeme, emperador, y todos cuantos presentes estais, oficiales del ejército, filósofos, senadores, y pueblo lo que os voy á decir. Jamás pude ni aun oír el nombre de cristiano, antes me llenaba de horror al escucharle, y detestaba á mis mismos parientes porque profesaban aquella religion. Procuré con vana curiosidad ver los misterios de los cristianos, para que en público, imitándolos burlando, moviese al pueblo á risa; mas al tiempo que yo pedí el bautismo, dentro de mí mismo sentí un remordimiento de conciencia acerca de mi vida, gastada toda en maldades; tanto que me provocó á dolerme, y tener pesar, por haber sido malo: y al tiempo que desnudo me quisieron echar el agua so-

bré mi cabeza, y me preguntaron, si creia lo que los cristianos creen; levantando los ojos en lo alto, ví una mano que bajaba del cielo sobre mí, y vi ángeles con rostros de fuego, que de un libro recitaban todos los pecados que en mi vida cometí. Dijéronme: De todos estos serás limpio con esta agua con que quieres ahora ser bañado, si lo deseas. Yo que así lo deseé, y pedí, luego que cayó sobre mí el agua, vi la escritura del libro borrada, sin que en él quedase señal alguna de letras. Mira, pues, ó emperador, y mirad vosotros, ó romanos, lo que es justo que haga: yo pretendí agradar al emperador de la tierra, y hallé gracia con el Emperador del cielo: procuré causar risa en los hombres, y causé alegría en los ángeles; y por tanto digo, que confieso de hoy mas á Jesucristo por verdadero Dios; y os amonesto que todos conmigo hagais lo mismo, y que salgais de las tinieblas de que yo he salido.»

Airado sumamente Diocleciano al oír estas palabras, mandó prenderle, luego apalearle inhumanamente, y despues llevarlo á la cárcel. Al siguiente dia, mandó á un prefecto, llamado Plutiano, que le atormentase cruelmente hasta que negase á Cristo. Pusieronle en el ecúleo, rasgáronle los costados con uñas de hierro, y aplicáronle en ellos hachas encendidas. El mártir sufrió todos estos tormentos con la mayor constancia, desafiando aun á Plutiano á inventarlos mas esquisitos. Avisó de esto el prefecto al emperador, quien mandó que le cortasen la cabeza, y así se hizo por los años del Señor 303, imperando Diocleciano, como se ha dicho.

(Además de este S. Ginés representante, de S. Ginés de Arlés, hay otro S. Ginés confesor, cuyo cuerpo, segun lo refiere Villegas, está junto á Cartagena en España.)

La misa es en honor de S. Luis, y la oracion la que sigue:

O Dios, que trasladaste á tu rey de los reyes Jesucristo, tengamos parte en el reino del confesor S. Luis desde el reino de la tierra á la gloria del cielo; tu único hijo. Por nuestro Señor; concédenos que por su intercesion y por sus méritos

La Epístola es del cap. 10 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia 1x, pág. 148.

REFLEXIONES.

Condujo el Señor al justo por caminos derechos. En ninguna cosa resplandece mas la divina Providencia que en la economía que observa con los justos y los santos. Si solo se da oídos á la prudencia humana; si las cosas se miran no mas que con los ojos de la carne; y si únicamente se consultan las luces de nuestra escasa razon; parece que Dios se olvida de los buenos, y que reserva todas las prosperidades para los pecadores. ¡Cuántos hombres virtuosos pasan toda la vida entre las adversidades y trabajos! Nada les sale bien; todo conspira á humillarlos; parece que su misma rectitud, la pureza de sus costumbres, aquella inviolable buena fe, su constante virtud los trae á casa todas las desgracias, al mismo tiempo que para los impíos y para los desalmados todas son dichas y prosperidades. Crecen como los árboles mas encumbrados. Ví al impío, dice David, en su mayor elevacion; vile descollar como los cedros del Libano; pasé, volví, y ya habia desaparecido: *Et ecce non erat*; ni aun pude encontrar el lugar donde le habia visto elevado: *Et non est inventus locus ejus*. Esas continuas prosperidades en este mundo, por lo comun son presagio cierto de las mayores desgracias. Un invierno sereno y apacible siempre causa enfermedades. Dios es el que guia al justo; ¿pues qué podrá temer logrando tal conductor? Viva seguro de que siempre irá por camino derecho. Los intentos de Dios son muy diferentes de los nuestros. ¿Quién no se hubiera lastimado de la triste aventura que sucedió al patriarca José? Su desgraciada suerte parecia dignisima de compasion. Es vendido á los ismaelitas un tierno inocente niño; todo su delito fué su misma inocencia, su candor y su virtud; enciérranle en una oscura prision precisamente porque no quiso ser malo; con todo eso, su cautiverio y su prision fueron los grados por donde ascendió casi hasta igualar con el trono. Dime, prudencia humana, ¿hubieras tomado tu ese camino para hacer la fortuna de José, y para colocarle en el primer empleo de todo Egipto? ¿pareceriate ese camino muy derecho? Sin embargo, fué el único y el mas breve que pudo tomar para ser feliz y para ser grande. ¡Cuántos y cuántos censurarian las empresas de S. Luis! Seguramente que no se acomodaban ni al gusto, ni á los discursos de la politica; y por otra parte los desgraciados sucesos, así de Levante como de la Africa, parecia que autorizaban la murmuracion de los cortesanos. ¡Cuántos grandes censurarian sus devociones, y seguramente no irian por el mismo camino si hubieran nacido en el trono como

él! Con todo eso, ¿qué grande del mundo, qué príncipe, ni qué monarca ha merecido mayores elogios? ¿qué rey, ni qué emperador no quisiera tener la misma suerte?

El Evangelio es del capítulo 19 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Cierta noble fué á un país lejano á tomar posesion de un reino, y volverse. Habiendo llamado á diez de sus criados, les dió diez minas, y les dijo: Negociad mientras vuelvo. Pero sus conciudadanos le aborrecian, y enviaron detrás de él una embajada, diciendo: No queremos que este reine sobre nosotros. Y sucedió que volviendo despues de tomar posesion del reino, mandó llamar á los criados, á quienes habia dado el dinero, para saber cuánto habia negociado cada uno. Vino pues el primero, y dijo: Señor, tu mina ha rendido diez minas. Y le dijo: Alégrate, buen criado; porque has sido fiel en lo poco serás señor de diez ciudades. Y vino el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y (el señor) dijo á este: Tú tambien

serás señor de cinco ciudades. Y vino otro, y dijo: Señor, he aquí tu mina, que la tuve guardada en un pañuelo: porque te temí, por cuanto eres un hombre austero: tomas lo que no depositaste, y siegas lo que no has sembrado. Respondióle (el señor): Por tu misma confesion te condeno, mal criado: sabias que yo soy un hombre austero, que tomo lo que no deposité, y que siego lo que no sembré; ¿pues por qué no pusiste mi dinero en giro, para que tornando yo lo recobrase con ganancias? Y dijo á los que presentes estaban: Quitadle á este la mina, y dádsela al que tiene diez. Señor, respondieron, ese tiene diez. Pues yo os digo, que á todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá abundancia; pero á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que tiene.

MEDITACION.

De la verdadera generosidad con Dios.

PUNTO PRIMERO.— Considera que la verdadera generosidad con Dios consiste en no negarle cosa alguna. ¿Se le podrá nunca dar mucho aunque se le dé todo? ¿Y nos podrá pedir demasiado aunque nos pida todo lo que tenemos, y todo lo que somos, aquel Señor de quien hemos recibido todo lo que somos y todo lo

que tenemos? ¿Hay alguno en el cielo ni en la tierra que pueda entrar en concurrencia con Dios? ¿y este Dios se podrá contentar con partijas, ni con mitades? A tu corazon apocado le parece mucho cuando da á Dios alguna cosa; pero un corazon generoso, haga lo que hiciere por Dios, todo le parece poco, y le parece bien. Respecto de Dios, toda reserva es como una especie de hurto. La verdadera generosidad pide que nada se le niegue; es decir, que se le sea fiel en todos tiempos y en todas cosas. Este es el punto mas importante de la vida espiritual practicándole bien, sin poner límites, sin aflojar nunca, sin sufrir interrupcion ni vacío en los ejercicios de virtud y en los progresos de la gracia. Aquel es verdaderamente generoso, que sin restriccion y sin levantar la mano hace todo lo bueno que puede, y lo mejor que le es posible. Mas el que concede á su corazon la mas mínima escepcion en el servicio de Dios, ese ya decae de aquella noble generosidad. ¡Buen Dios, y cuántos cobardes hay entre los que se dedican á vuestro servicio! ¡cuántos perezosos se encuentran entre ellos! Conténtanse con no hacer cosa mala; ¿pero hacen todas las cosas buenas que pudieran? Cotejemos nuestra fidelidad, nuestro fervor y nuestra generosidad con la de aquellos generosos siervos de Dios que tanto arrebatan nuestra admiracion. Estos son nuestros modelos; ¿nos parecemos mucho á ellos? Vuelve la reflexion hácia la vida cristiana, y hácia las heróicas virtudes de S. Luis: ¡qué humildad en la elevacion del trono! ¡qué piedad en todos los ejercicios de religion! ¡qué caridad con los pobres! ¡qué afabilidad con sus criados! ¡qué mortificacion entre la púrpura y entre las delicias de la corte! ¡qué generosidad con Dios por todo el tiempo de su vida! Nosotros profesamos la misma religion; tenemos las mismas leyes, servimos al mismo dueño; ¿pero le servimos con la misma fidelidad?

PUNTO SEGUNDO.— Considera que pocas almas hay verdaderamente generosas para con Dios, aun entre aquellas mismas que hacen profesion de estar dedicadas á su servicio. ¡Cuántas partijas hacen de su corazon y de sus afectos! ¿Aman á Dios con todo su corazon, con toda su alma, y con todas sus fuerzas? Este es no obstante el primer mandamiento, la basa y el cimiento de todas las virtudes cristianas. ¡Pero cuántas reservas hay en todos los sacrificios que se le hacen! El amor propio siempre se levanta con la mejor porcion, y por decirlo así, con toda la sustancia. Bastardea el dia de hoy la virtud de las personas mas ajustadas. Son pocos los que andan sin pararse; pocos los que ponen mano al arado sin mirar atrás. ¿Hállanse por ventura en nuestros tiem-

pos muchas de aquellas almas generosas que no desistan, ó á lo menos que no se paren al salirlas al encuentro las menores dificultades? ¿hállanse muchas de aquellas almas puras, que en todas las obras solo busquen pura y precisamente la mayor gloria de Dios? ¿que no tengan otro fin en los sagrados ministerios de su zelo? ¿atiéndese únicamente á la voz de Dios en nuestras empresas, en nuestros proyectos, y en nuestras ideas? ¿es posible que en ellas nunca se da oídos á las voces de la carne y sangre? ¿estinguéronse las pasiones en esos corazones que se dicen cristianos? ¿están por lo menos domadas, humilladas, abatidas en esa alma que hace profesion de virtuosa? Consultemos esa tibieza y ese cobarde temor que reina aun entre nuestros fervores; consultemos esos pusilánimes respetos humanos, que nos hacen tan tímidos en las ocasiones de declararnos por Dios; consultemos esa eterna aplicacion á nuestras comodidades, esa delicadeza que llega á ser melindre y nimiedad, esas amistades, esos apegos, esas inclinaciones tanto mas peligrosas en la vida espiritual, cuanto parecen menos groseras; consultemos en fin esas obligaciones y esas menudencias de nuestro estado, en que tanto nos descuidamos, ó las cumplimos tan imperfecta y tibiamente; y concluyamos de todas estas imperfecciones, y de todos estos defectos, que verdaderamente somos unos cobardes.

¿Pero será posible, Señor, que todo este conocimiento, y toda esta triste confesion se ha de reducir á un inútil y estéril arrepentimiento? No, divino Maestro mio: ya no mas infidelidad en vuestro servicio. Desde este mismo punto quiero comenzar á amaros con ternura, y á servirlos con generosidad. Toda mi confianza la coloco en vuestra infinita misericordia. Dadme gracia para que generosamente os sirva.

JACULATORIAS. — Amaréte, Señor, espíritu y fortaleza mia. (*Psalm. 17.*)

¿Quién será capaz de apartarme del amor de mi Señor Jesucristo? (*Rom. 8.*)

PROPOSITOS.

1 Asombro es que se sirva á Dios con negligencia; sobre todo si se considera que es Dios el Señor á quien se sirve. Si quiere servirle con generosidad, procura estar continuamente en su presencia, no ya haciéndote violentos esfuerzos, ó estando en una ansiosa inquietud para lograrlo, sino por medio de una dul-

ce, amorosa y sosegada atencion. Hay algunas almas que se contentan con recogerse tres ó cuatro veces al dia, y por lo demás dejan vagar libremente al espíritu, guardándose solo de cometer alguna culpa. Estas personas no son absolutamente malas, pero pierden inmensos tesoros de gracia; y como son poco liberales con Dios, quédanse así, andan toda la vida arrastrando, y nunca arriban á la perfeccion. Si quieres conservar esta dulce presencia de Dios, destierra de tí toda accion de ligereza, toda vana curiosidad y toda conversacion inútil. La entera abnegacion de si mismo, y el total desprendimiento de las criaturas, es el camino para lograr una continua memoria de Dios.

2 El ejercicio de esta misma abnegacion es tambien un soberano medio para conseguir aquella noble generosidad de corazon, de que vamos hablando. Hay muchas almas que se mortifican algunas veces; pero las almas generosas siempre y en todo se mortifican. La perseverancia en este ejercicio es uno de los puntos que mas contribuyen á aprovechar mucho en la vida espiritual. A un corazon generoso jamás se le ofrece ocasion de mortificarse, que no la abraza; como aquellos hábiles comerciantes que nunca malogran ocasion de adelantar el negocio. Si deseas tener esta generosidad con Dios, despréndete enteramente de las criaturas. Una alma generosa rompe con valor todas las prisiones para ponerse en libertad; la cobarde y la pusilánime gime siempre debajo de la cadena, sujeta á la esclavitud de sus desordenadas pasiones. Pon en ejecucion estos saludables consejos; pues no se conoce lo que vale esta generosidad, sino cuando se tiene la dicha de lograrla.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

SAN ZEGERINO, papa y mártir, en Roma. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES IRENEO Y ABUNDIO, tambien en Roma; los cuales en la persecucion de Valeriano porque sacaron de una alcantarilla el cuerpo de Sta. Concordia, fueron sumergidos en la misma alcantarilla. Sus cuerpos los sacó de allí Justino presbítero, y los enterró en una gruta junto á S. Lorenzo.

SAN SEGUNDO, mártir, en Vinimilla, ciudad de la Liguria; varon esclarecido y capitan de la legion Tebana.

SAN ALEJANDRO, mártir, soldado de la misma legion, en Bérgamo en la Francia Cisalpina: habiendo confesado con la mayor constancia el nombre de nuestro Señor Jesucristo, fué por ello degollado.